

## CAPÍTULO IV.

DE LA DISPOSICION DE LAS LIMOSNAS, CON QUE PREVINO LA CUENTA QUE DIÓ Á DIOS NUESTRO SEÑOR EN SU GLORIOSO Y BIENAVENTURADO FIN.

Repartió la renta del arzobispado de suerte, que á él no se le quedase otra cosa que el mérito de repartirla á los mendigos. Hacia cada día el gasto, dándoles de comer y un dinero á cada uno; y cada día eran trecientos, cuatrocientos, y quinientos muchas veces. Advirtióle un curioso de que los más de aquellos tenían por oficio el mendigar, y que ahorran la limosna dándole de comer, y se hacían vagamundos, y reacios en aquel estado; que sería mejor distribuirlo entre otro género de gentes. ¡ Gran cosa, que no haya cosa buena sin mal comentador; y que hubo de tener este de pretender enflaquecer aquella caridad tan valiente! Respondióle el Santo: « Creo que por nuestros pecados habrá entre esos algunos mal entretenidos y viciosos; mas eso no está á mi cargo: lo que me toca es dar la limosna á quien me la pidiere; socorrerle, no examinarle. Si toman muchas raciones, si piden sin necesidad, si nos engañan, no es de daño para nosotros. Lo que nos puede estar mal es engañar nosotros á los pobres, pues el pobre puede engañar mi inadvertencia si le doy dos veces por una; pero no mi caridad, que á todas las necesidades socorre, y todas las veces que se le pone delante. Hacienda es de Dios esta: él envía estos que la cobren; yo no tengo que introducirme en calificar los cobradores que Dios elige; lleven lo que es suyo como quisieren y cuando vinieren. » Vió desde una ventana, donde siempre tenía por recreación el ver dar la limosna, que un criado suyo reñía con un pobre que, habiendo recibido su ración, se tornó á mezclar con los que no habían llegado, y no le quería dar. Mandó que le diese. Idos todos, le preguntó aparte por qué se había enojado con aquel pobre. Díjole la causa, y el santo Arzobispo le dijo: « ¿ Por eso os enojáis? ¿ Qué sabéis vos si aquel pobre tenía necesidad de dos raciones? Una vez le distes por vos, y os cansastes de

darle otra por él. No es menos sabroso ejercitar la caridad muchas veces con uno que muchas veces con muchos. La segunda vez tuvo necesidad de la ración y de vuestra paciencia, y esa os faltó luego. No lo hagáis otra vez, y dejáos engañar de los pobres, que es logro. » Con estas cosas quedaron tan bien doctrinados sus limosneros, que daban lo que les mandaba el santo Arzobispo y lo que tenían, y apostaban en actos de piedad unos con otros; y en sólo esto y la virtud y oración había competencia en aquella casa. Tenía memoria de todos los pobres envergonzantes, y en papellitos les daba el dinero cuando pasaba á decir misa. Á otras personas principales y de calidad, que él sabía que tenían necesidad y vergüenza de pedir limosna, por excusarles algún sentimiento, los socorria engañándolos: enviaba á uno cincuenta ducados, á otro ciento, y docientos y más, conforme era la necesidad, con religiosos, diciendo que una persona que les tenía á cargo alguna hacienda les restituía aquella parte, y que poco á poco iría satisfaciendo como mejor pudiese. Y se desvelaba en ocultar su misericordia.

El año de 1550 saqueó Dragut á Cullera; y en sabiéndolo el Santo, envió sus limosneros á que rescatasen los cautivos y consolasen las viudas, y comprasen bueyes y mulas á los labradores; y todo se hizo con su limosna. ¡ Cosa admirable y de efecto milagroso! Y por ser sin número las cosas que milagrosamente obró en el socorro de los pobres, y no llegar á historia el epitome, sólo referiré lo que le pasó con un jubetero que llamó para que le aderezase un jubon viejo. Dijo que lo haría. Ordenó le dijese cuánto le había de llevar; el oficial dijo que era poca obra, que lo que mandase. No quiso, sino que pusiese precio. Púsole; parecióle excesivo al Santo, siendo cosa de dos reales. Regateólo tanto con el jubetero, que cansado, le dijo lo aderezaria por lo que ordenaba; y fué, atribuyendo á miseria y escasez la providencia y religión del santo Arzobispo. Tenía dos hijas: de allí á algunos días pidiéndolas dos mancebos oficiales, y no efectuándose el casamiento por no tener dote que las dar, un amigo, viéndole desesperado, le dijo acudiese al santo Arzobispo, que él se las dotaría y pondría en estado. El sastre, indignado, pensando se burlaba dél, le dijo: « ¿ Cómo me ha de dar su

hacienda á mí hombre tan miserable, que se remienda los jubones y regatea un dinero ? » Tan bien supo el amigo persuadirle y desengañarle del error en que estaba, que fué al santo Prelado; le dió cuenta del estado de sus hijas. Ofrecióle remediárselas y darles trecientas libras á cada una, que era lo que pedían los maridos; dijo que le enviase su confesor. Informóse dél qué gente era, y á la mañana dijo al jubetero: « He pensado esta noche en este negocio, y me ha parecido poco las trecientas libras á cada una, que para poner tienda las habrán menester, y estarán alcanzados; y será bien dar cincuenta libras á cada una, para que con las veinte se puedan ayudar y entretener. » El hombre, confuso y admirado, se le echó á los piés, pidiéndole perdon; y el Santo dijo: « ¿ No sois vos quien me aderezó un jubon, y os enfadastes porque regateé el remiendo? Hicistes mal; que aquellas cosas en mi persona las regateo para poder tener con qué socorremos á vos y á otros: y estad cierto que cuando muera no me hallarán dinero olvidado ni escondido. Y esto no hay que agradecerme, que hago lo que debo; vuestro es lo que os doy, que no mio. »

Por este camino aquella santísima alma fué ajustando sus negocios con Dios, y liquidando sus cuentas, para darlas ántes que se las tomasen, y partir deste mundo ántes acreedor á los pobres que deudor dellos. Continuó esta diligencia hasta el año de 1555, en que nuestro Señor fué servido de ordenar el descanso á su espíritu, y desencarcelar su alma de la prision del cuerpo y de los cuidados. Tenia determinado el Señor, solicitada su justicia de los pecados de aquella ciudad, castigarla (como lo hizo el año de 59) con mortandad y peste, que sobrevino por los años de 57 y 58; y como quien á su salvo quiere herir á uno le quita primero la defensa, así el Señor le quitó de delante á nuestro Santo, para que no se divirtiese su rigor en sus oraciones y lágrimas. Enfermó á 29 de agosto de esquinencia, procedida de largos estudios y desvelos y penitencias. Sobrevinole una calentura; y viendo que perseveraba el mal, ó sabiendo, como se debe creer, que ya se llegaba la hora de acabar de morir en este mundo y de empezar á vivir en el otro, ordenó que le trujesen en procesion, para ejemplo á todos, el Santísimo Sacramento. Recibióle de mano del

obispo Cebrian. Hizo una confesion general: previno la postrer hora con tantas diligencias quien toda la vida gastó en facilitar este punto, y quien le salió á recibir, como hemos visto, desde la cuna. Esto fué segundo día de setiembre. El juéves siguiente, tres días ántes del Nacimiento de nuestra Señora, le hallaron los médicos mejoría; y con esta nueva resucitó la ciudad, que poco á poco iba desmayando con el dolor. Mas el Santo, á quien no quiso Dios nuestro Señor esconder este último advertimiento, ordenó al obispo Cebrian y al canónigo don Miguel Vique y á fray Pedro de Salamanca, que con su limosnero y tesorero se encargasen de cinco mil ducados que tenia en la sacristía del Aseo, diciéndoles: « Bien saben el amor que me deben, y yo confieso que siempre me han ayudado y consolado en todo aquello que como buenos ministros del Señor y verdaderos hermanos se me ha ofrecido. Hoy se me ofrece la última cosa de importancia y el mayor negocio de mi alma, y así se lo encargo: llamen los limosneros de las parroquias; y con ellos á toda diligencia, con todo cuidado y amor, guardando el decoro á los pobres envergonzantes, y considerando las más urgentes necesidades, repartan esos cinco mil ducados que me quedan en mi poder; y por reverencia de Dios no me vuelvan aquí con un dinero solo, que en ese estará mi desconsuelo y angustia. Y si hoy no fuere posible acabarse, dispónganlo de suerte, que mañana temprano me den este buen día que deseo. » Enternecidos, y derramando lágrimas y dineros, socorrieron á toda la ciudad; y entendiendo la despedida del santo Prelado, nadie en la limosna (con ser en universal la mayor que se ha visto) recibió tanto socorro como desconsuelo. No fué posible por aquel día, aunque lo procuraron, despachar todo el dinero. Vinieron á darle cuenta de lo que se habia hecho, y cómo habian sobrado mil y docientas libras. Mostró gran dolor de ver dinero de pobres en otro poder que en el de la necesidad, y con lágrimas y suspiros dijo: « Amigos, no me esté en casa este dinero esta noche: búsqense otros pobres, déseles luego, que suyo es; ó llévese al hospital, y volvedme con la nueva de que está repartido. » Por sosegarle dijeron que se diese á las amas de los niños que él sustentaba; dijo que ya por dos años estaba eso proveido y situado. Tal prisa les dió, que en

durmiendo dos horas, tornaron á hacer su limosna y diligencias : y así volviendo á la mañana, vispera de nuestra Señora, á visitarle, le dijeron cómo ya todo estaba dado á pobres, sin que hubiese sobrado un dinero. Respiró, alegróse, alzó la voz, diciendo : « ¡ Oh cuánto habéis aliviado este espíritu y descansado mi postrer negociacion ! Dios os dé el consuelo que de vuestras manos he recibido. » Y vuelto á un crucifijo, que siempre tuvo consigo, donde se cifró su recamarin, y su recámara, le dijo con lágrimas de gozo, en voces agradecidas, con un esfuerzo apostólico : « Estas ovejas, que tanto os costaron, me encargastes ; pedido os he con lágrimas favor para poder y saber gobernarlas. Por ellas no me he excusado de algun trabajo, ni me ha sido molesto ningun cuidado y persecucion ; de la hacienda suya, de que he sido administrador, ni les soy á cargo nada, ni en mi poder queda alguna cosa, ni se la he hecho desear, ni gastádola por mi albedrío, sino por la necesidad suya. Infinitas gracias os doy, que por vuestra misericordia puedo decir que muero pobre. » Borróle un poco este contento el tesorero con decirle que aquel dia habia cobrado cierto dinero, y que los muebles de su casa estaban por dar. ¡ Oh buen criado, que acordaste mandas á tu amo, sabiendo que no habias de ser partícipe dellas ! El Santo, luego por apartar de sí todo lo que le defendiese de morir en la mayor pobreza, ordenó que sus muebles se llevasen al retor del colegio que habia hecho : grande manda y pobre, porque su mueble era el que he dicho. Dióles reliquias, que hoy veneran ; no preseas. El poco dinero que se habia cobrado mandó repartir entre sus criados, que eran de Valencia y más pobres que todos. Dió á un pobre la cama en que estaba ; y acordándose de que por habérsela ya mandado no era suya, sino del pobre, le dijo : « Hermano, dadme licencia para morir en esta cama vuestra ; si no, bajaréme á morir al suelo, y acercaréme más á la sepultura. » Fueron palabras estas que derri-tieron los corazones de todos. Dos dias ántes de su muerte vinieron de parte del cabildo con igual sentimiento y devocion á suplicarle se mandase enterrar en su Iglesia, codiciosos de tenerle siempre consigo ; mas el santo religioso no lo concedió, estimando mucho la caricia de sus hijos ; y excusóse diciendo que era fraile de San Agustín, y que ya que el arzo-

bispado le habia sacado de su convento, queria que la muerto le restituyese á su religion ; y así lo ordenó.

El sábado en la noche, vispera de nuestra Señora, habiendo estado un rato á solas tratando de su partida con Dios, mandó le trujesen la extremauncion á las diez de la noche. Él respondia á todo, y rezaba los salmos con los eclesiásticos.

Domingo, dia del Nacimiento de nuestra Señora, llamó al obispo Cebrian y le dijo : « Á mí me quedan pocas horas de vida ; despedámonos en la mesa que Cristo se despedió de los suyos. Póngase un altar aquí, y dígase luego una misa. » Hizose así ; oyóla. Al decir *Sanctus*, tenia ordenado que le alzasen la cabeza para poder ver el altar. Cuando alzaron asistió con gran copia de lágrimas. Empezó luego á decir el salmo *In te, Domine, speravi*, etc., « En ti esperé, Señor ; » con mucho espacio, siempre con abundancia de lágrimas, llegó á decir el verso último, *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*. Y cuando las acabó, que fué cuando el sacerdote acabó de consumir el Santísimo Sacramento, espiró ; que parece que la muerte fué aguardando con respeto á que él dijese que encomendaba su alma en las manos del Señor, y que su vida y la sangre de Cristo á un tiempo se consumiesen.

Divulgóse milagrosamente. Por la ciudad no se oía otra cosa sino gritos, lloros y sollozos en todas personas y estados ; parecia haber llegado la ruina de la ciudad. No hubo en todo el reino quien no perdiese padre y maestro y amparo. Cerraron las puertas del palacio para componer el cuerpo : vistieronle de pontifical ; abrieron las puertas, y entraron por ellas toda la ciudad, y avenidas de lágrimas sobre su cuerpo. Concurrieron más de ocho mil pobres que remedió, como á otros entierros de prelados suelen concurrir pobres que hicieron. No deban decir el oficio los pobres con gritos y alaridos ; y con esto decian los pobres su oficio, que habia sido verdadero arzobispo. Lleváronle á Nuestra Señora del Socorro, donde se mandó enterrar en la sepultura ordinaria de los religiosos ; mas el cabildo ordenó que se pusiera en medio de la capilla mayor, en frente de nuestra Señora, con un bulto suyo de piedra ; donde está atesorado aquel bendito cuerpo, que fué alojamiento de alma tan favorecida de Dios, y que tanto codició para sí, pues vivió de suerte, que en un instante que tardara

en morir, dejara de vivir más tiempo que había vivido. Allí está depositado, resucitando muertos, sanando ciegos, librando endemoniados, y ejercitando la caridad desde la sepultura y continuando la caridad de verdadero padre y prelado. Después de muerto se apareció al maestro Porta y al obispo Cebrian, que solos en una casa, cada uno en su aposento, estaban llorando su muerte. Viéronle vestido su hábito de san Agustín. Preguntóles por qué le lloraban; consolólos con la vista y con las palabras, asegurándoles de su descanso y gozo; y desapareció. El uno al otro se contestaron la aparición.

Otra vez, habiendo cuando murió cuidado de ajustar con los arrendadores de las rentas del arzobispado, que para tales plazos pagarian su débito, y habiendo tomado palabra á uno que precisamente pagaria su resta para Navidad, por convenir á la necesidad de los pobres así; y como después de muerto el Santo no lo cumpliese, — el día de los Reyes le apareció, y le dijo que cómo se atrevía á usurpar la hacienda de los pobres por remediar sus tratos: que luego lo restituyese y pagase; donde no, que Dios nuestro Señor lo cobraría con castigo digno de su enojo. No pagó; y el día de la Purificación de nuestra Señora, estando en su cama, tornó á aparecerle, y con aspereza le riñó, diciendo: «¿Misericordia os falta para los pobres? temé que os falte la de Dios. Si pensáis que soy muerto, os engañáis; que nunca fui vivo sino ahora, y aun cuido de los pobres.» Diciendo esto, mandó á un compañero que traía consigo le castigase: lo que hizo con una disciplina severamente. El hombre pidió perdón y se emendó, y fué, y depuso de su culpa y del castigo y aparecimiento. Vió una mujer en una gran necesidad, en que la socorrió, y después todos los días se iba á rezar y llorar sobre su sepultura. Ni llegó pobre por socorro ni enfermo por salud, á quien desde el túmulo no socorriese; porque se vea que por premiar su celo permite Dios nuestro Señor que el ejercicio de su caridad no tuviese el límite común de la muerte.

## CAPÍTULO V.

## DE LOS HIJOS ESPIRITUALES QUE TUVO, Y DE SUS VIRTUDES EN GENERAL, Y DE SU BEATIFICACION.

Luego que el bienaventurado Arzobispo nació á mejor vida de entre las manos de la muerte, y puso fin á su peregrinación y llegó á la patria (así se nombra el fin de tales varones, porque en los justos y santos tiene más cortesés y consolados nombres la muerte), los hijos espirituales que instruía en la virtud vivo, los confirmó muerto; de suerte que su voz y la de todos no aguardó á las tardanzas y pereza del tiempo; sino que luego, inspirados de Dios, le adelantaron la beatificación y la canonización que se esperaba. Fué tal el concurso de gente á su sepultura, que parecía que la necesidad de los pobres estaba incrédula de que podía haber muerto vida donde tan ardiente caridad resplandeció con admiración. Esta memoria, estos ruegos, estas voces y lágrimas de los pobres y huérfanas fueron el túmulo que su espíritu solicitó y edificó con trabajos y pobreza, donde, como en cuna gloriosa, tornó á renacer. Encendiéronse los ánimos de todas las iglesias, universidades y señores de España en devoción deste monstruo de humildad, de letras, de pobreza de espíritu, de oración, de milagros, que no cesaron de negociar con cartas su beatificación. Escribieron á Roma las más ciudades, muchos de los grandes señores, casi todas las iglesias; hicieron esfuerzo Salamanca y Alcalá; escribió el Rey nuestro señor al virey de Nápoles y al embajador de Roma. Y nadie hizo diligencia que no fuese interesado en el suceso, y deudor de algún gran beneficio al santo Arzobispo; pues, como hemos dicho, su vida la repartió en ejemplo por todo el reino, en tan diferentes cargos y oficios y dignidades, que los oficios que todos hicieron fué deuda á su ejemplo, santidad y doctrina. No necesitaba destas diligencias la beatificación de aquel apostólico prelado que trabajó en la viña del Señor con ventajas tan conocidas, que llevó tras la memoria de sus obras el aplauso y devoción de las gentes, y en quien la fe de los necesitados no dudó cosa alguna para su

remedio temporal ó milagroso. El muerto alentó la esperanza y alimentó la caridad. Hiciéronse las informaciones tan fácilmente, tan copiosas, tan admirables, que se puede creer disponia esto Dios nuestro Señor para mayor gloria suya. El principal testigo para ella fué el socorro de las necesidades, que depuso desde que nació en esta muerte temporal, hasta que murió en esta vida para vivir en la otra. Depuso la muerte de los que habia restituido á la salud; el cielo dijo y contó sus maravillas, que no por eso cesó de referir las de Dios, como dice el salmo; pues con un mismo lenguaje hablan de Dios nuestro Señor y de sus santos las criaturas que tienen á cargo sus alabanzas.

Vió su santidad las informaciones, y determinó su beatificación para consuelo de toda la Iglesia. Y el no canonizarle todo junto, creo que lo remitió su santidad con particular providencia, viendo que la devoción no echa ménos nada en tan gran santo, y también la dificultarian los gastos forzosos; y nuestro santo, aun muerto, ahorra gastos en su persona y en su vida y en su muerte y en su canonización; lo que no hiciera aun en la sepultura, si se tratara de repartir con los pobres.

Hiciéronse luego velos y estampas por orden de su santidad, donde quiso que sus armas publicasen lo que se preciaba de haber glorificado tan glorioso varón. Pintáronle vestido de pontifical, con una bolsa en la mano, que es el báculo verdadero de pastor que apacienta ovejas, y donde mejor se puede arrimar un prelado para no tropezar por la senda estrecha de su oficio. La limosna es el báculo del buen obispo, donde se arriman los pobres, con que se sustentan los necesitados. Así que, el báculo arzobispal ha de sustentar á los pobres; no al arzobispo; y por eso su santidad le mandó pintar con mitra y bolsa, que es báculo de limosna, con pobres alrededor; porque aun en el papel y en el dibujo tenga aquel gozo su bendita alma, remediando, al parecer, necesidades. Tiene por título al pié: *El bienaventurado Tomás de Villanueva, por glorioso título llamado el limosnero*. Apellido es este de limosnero que sabe mucho á la casa de Dios: tanto se arrima á su grandeza, que haciéndose padre de los hijos de Dios, que son los pobres, se llega al último grado de parentesco con su Majestad. Prosigne el título: *De la orden de los ermitaños de San*

*Agustin, arzobispo de Valencia, excelentísimo predicador de la palabra de Dios*. Y esto fué de tal suerte, que los sermones que hoy se leen suyos impresos no deben nada á ninguno de los santos doctores y padres antiguos; y para quien los supiere leer, y acompañare con espíritu la doctrina, hablan en ellos la agudeza de san Agustin y la profundidad y dulzura de otro santo Tomás. Llámale luego la inscripción: *Ilustrísimo en milagros, esclarecido en la santidad, liberalísimo en dar limosna á los pobres, acérrimo defensor de la libertad eclesiástica*. Esto contiene la inscripción de su estampa. Digo yo: ¿qué otra honra mayor es menester que esta inscripción de su santidad, donde cada título puede colocar un varón apostólico en el mayor grado de santidad? Y se conoce en todas las cosas deste bendito santo.

En su vida y en su muerte (pues hizo todo lo que pudo con la caridad) ni tuvieron más que desear en este santo los pobres y necesitados, ni el cielo mayores honras que le hacer, ni su santidad más demostraciones con que honrarle hasta su canonización; pues por título de una estampa le pone una honra tan grande, conociendo que beatificaba á quien con Dios está negociando á su santidad vida y salud para el próspero y feliz gobierno de su Iglesia.

LAUS DEO.

---

FIN DE LA VIDA DEL BIENAVENTURADO PADRE FRAY TOMÁS  
DE VILLANUEVA.

---